



GOBERNAR, DUDAR

Hubo un tiempo -no tan lejano, los años noventa- en que circularon con brillo dos voces-fuerza: "atinar" y "así es".

Así es -se decían unos a otros-, afirmándose, convenciéndose en el eco que hacía resonar la fuerza de lo ya resuelto. Atinar: asunto de tiempo. El arte era esa presteza, como si se tratara de un ser ya resuelto en toda divagación o duda demorosa.

Ese gesto de los noventa -y su resonancia menor, la autocomplacencia tan recordadas- es lo que hoy no tiene ninguna posibilidad.

Toca sentir el peso de la historia, dudar, vibrar con lo incierto.

"Tanta casa nueva...", le comentaba a la señora que me vendía una bebida en un almacén del pueblo El Cajón, entre Olivar y Coinco, por El Abra.

Me respondió:

-Mire, soy oriunda del Cajón, y hay veces que miro y me cuesta

hacerme la idea.

Incierto no lo que viene, sino lo que ya es, y que no cabe en las certezas anteriores, en esa idea, imagen, dibujo. Y ese vibrar de todo -eso, lo incierto- se registra primero en el verbo que ha de hablarlo, y le yerra.

"Incierto no lo que viene, sino lo que ya es, y que no cabe en las certezas anteriores, en esa idea, imagen, dibujo."

Luego, en los mapas y cartografías, que quedan fuera de foco o, como sea, ya no terminan de encajar con los flujos vitales que, por todas partes, y por muchas razones, los desbordan.

Decía Tomás de Aquino: ver para creer. Replicaba Maturana: creer para ver. Quizá hoy -en tiempos inciertos y viniendo de certezas tan arraigadas- se imponga algo más: *no creer para volver a ver*.

En vez del Credo, tan útil antaño, el Dudo.

Dudo de las regiones y de las comunas. Sobre todo, dudo de ordenar el mundo bajo el esquema región/comuna. Así vienen los datos, así se organiza el Estado, así hasta terminamos creyéndonoslo. Pero el caso es que la región no existe en los flujos cotidianos de sus gentes, no más allá de la vida de intendencia, no muy lejos del centro de sí misma. La vida social no cruza el cordón costino como si nada; tampoco los cordones inter-cordilleranos en que ha sido recortado nuestro paisaje físico.

Las comunas no alcanzan a contener la vida social que las compone y recorre. Hay flujos de ida y vuelta entre comunas vecinas, no entre cualesquiera y con plena lógica territorial. Es el espacio intercomunal, comarcas bien vividas y sabidas, que casi no existen para el Estado ni en los nombres.



Vivienda en Chonchi, región de Los Lagos.

MINVU.

Sin embargo, dentro de esas comarcas es que se da la vida social. Porfiada la gente, como los espinos.

¿No es acaso Santiago una Ciudad, por ejemplo, y debería pensarse y gobernarse como tal? Ni como región Metropolitana ni como comunas se llega. Y, sin embargo, es como si la tal ciudad ni existiera. Así le pasa a la centena de comarcas de Chile: las que no existen.

Más que dudar, no creo en lo que llaman "territorios rurales". Ese nombre -palabra ajena- intenta nombrar lo que en Chile viene cambiando por camino propio. "Territorio rural" es el concepto y la estrategia de la OCDE para orientarse frente a los antiguos

campos europeos, cuando desde los años 80 empezaron a desagrarizarse y despoblararse. Importar esa noción -y sus supuestos- a los campos chilenos es absurdo. Allí: desagrarización. Aquí: reagrarización. Allí: despoblamiento. Aquí: repoblamiento. No puede usarse el mismo concepto para designar dos realidades exacta y estructuralmente opuestas, en los mismos ejes que el concepto pretende enfocar.

Lo grave, más allá del absurdo, es que la forma real de nuestros territorios -y su potente, inesperada historia de transformaciones en los últimos 50 años- queda sin concepto y sin mapa.

De hecho, hablar y mapear esos territorios es hoy, muchas veces, no hablar ni mapear el Chile

agrario. Chile de la fruta, forestal, del salmón y sus paisajes (por lo demás, más urbanos que rurales). De paso: si ahora las ciudades de los campos también son rurales ¿cómo se llaman entonces los pueblos? ¿"Rurales-rurales"? Ni sensato, ni respetuoso. Inaceptable.

En tiempos de incertidumbre: cuidado.

No miedo -ni menos soberbia-: pensar. "Para cambiar el futuro", decía una niña de la Escuela de Zúñiga. Eso es querer un plan. Y se lo estamos debiendo **R**